dos en los recelos y temores que Cortés tenía concebidos de ellos. De esta manera murieron estos reyes y Cortés quedó descargado de ellos. Era Quauhtemoc hombre valiente y en todas sus adversidades tuvo ánimo real, tanto al principio de la guerra para la paz, cuanto en la perseverancia de el cerco; y así cuando le prendieron, como cuando le ahorcaron y en el tormento que le dieron, quisieran algunos que Fernando Cortés le guardara para gloria y triunfo de sus victorias; pero veíase en tierras extrañas y muy trabajosas; y parecíale que era grave carga el cuidado de guardarle en tal tiempo; y según lo dicho, si a mí me preguntasen la causa de esta su muerte, diría que fue ésta; y no querer Cortés andar con él tan sobresaltado y cuidadoso con él y con los otros reyes que llevaba en su compañía y no pienso que fue quererse alzar estos tristes indios con la tierra, y más en ocasión que ya los señoríos estaban divididos. Séase lo que se fuere y dejémoslo a Dios, que lo sabe todo; lo que de cierto se sabe, es que esta justicia se hizo por carnestolendas, de el año de mil quinientos y veinte y cinco, haciendo Cortés esta jornada a las Hibueras contra Christóbal de Olid. Antes que saliese de Mexico, honraba mucho Cortés a Quauhtemoc, porque por él y el amor que le habían cobrado, después que era su rey, hacían mucha estimación de Cortés y era servido y respetado, como lo fue antes su antecesor Motecuhzuma; y por recibir el capitán esta honra que todos hacían a este rey, le llevaba siempre consigo, así a pie como a caballo, todas las veces que salía por la ciudad y pueblo. Fue ésta, justicia que se hizo de él y de los otros, que con él fueron ahorcados en Yzancanac. Herrera dice que fueron los ahorcados los tres reyes solos y yerra el nombre de el uno; pero la verdad es que ahorcaron los ocho que aquí van referidos.

CAPÍTULO CV. *De cómo feneció esta monarquía mexicana cuando estaba en su mayor pujanza; y se prueba en él, deberse a sólo Dios esta conquista hecha por Cortés y sus compañeros*

NTRE TODAS LAS MONARCHÍAS DE EL MUNDO fue también muy celebrada la de Israel y aquella famosa ciudad de Jerusalén, donde tantos misterios se obraron, tantas promesas se hicieron y tantas grandezas se gozaron, y al cabo hubo de llegar a tener fin, como todas, cuya ruina y acabamiento profetizó Moisén en el capítulo treinta y dos de el *Deuteronomio*,[1] donde después de haberla engrandecido, dice que juntaría Dios males sobre ella y sobre todos sus moradores; lo cual dice por estas palabras: haré agregación y junta de males sobre ella; y todas aquellas cosas que anteceden a estas palabras, fueron amenazas para retraerla de las culpas; pero cumplidas después, como se puede ver por todo el capítulo, porque a ninguno se perdonó en la captividad caldaica, como nota Hugo Cardenal, y para

[1] Deut. cap. 32.

denotar su desventura, calamidad y ruina, dice luego: ¿dónde están éstos? ¿Qué es de sus honras, riquezas, poderíos, mandos y señoríos de esas gentes amadas de Dios? ¿Traídas por su consejo? ¿Introducidas en esa fertilísima tierra de promisión, que manaba leche y miel, qué se hicieron? *Cessare faciam, ex bominibus, memoriam eorum.* Haré cesar su memoria (prosigue luego) de entre los hombres y consumiré su nombre: como lo dice el psalmo que pereció y acabó con estruendo y ruido.[2] Como quien dice: con el boato sólo de haber sido, que es lo mismo que dice en el *Libro de la sabiduría,*[3] nuestro nombre será puesto en olvido y nadie tendrá noticia de nuestros hechos; no ha de quedar memoria de nuestros poderíos y reinados.

¿Qué república (aunque gentílica) tan concertada de fama y opinión, de gobierno y señorío, de innumerable e inmenso gentío, fue esta mexicana, como ya hemos visto? ¿Pero qué es de ella?[4] Congregó Dios males sobre ella y tuvo fin y muy miserable, acabando como la de Israel, con estruendo y ruido y acabó su memoria y pasó como si hubiese sido sueño; entrególos Dios a sus enemigos los españoles y fueles dilatando esta entrega hasta que llegó el tiempo de ser tantos que, cuando fuesen vencidos, se atribuyese a Dios esta victoria y no a los hombres, como lo hizo con su pueblo, diciendo el mismo Dios: dilatélo porque no se ensorberbeciesen los victoriosos y dejasen, nuestras manos hicieron la victoria y no Dios, que fue milagrosa y no de los hombres; y así hay quien diga que en las batallas se vieron la virgen y Santiago. Y como era la mano de Dios la que peleaba contra ellos, perseguía un español a mil indios, como se dice de los que guerreaban contra los de Israel y dos hacían huir a diez mil, porque uno de los nuestros valía por mil de los indios y dos hacían huir a diez mil, que quiere decir: que pocos, con auxilio y amparo de Dios, valían más que muchos de éstos, dejados de su mano; y dicen como los hebreos: nuestros enemigos nos quitaron nuestro gobierno y nos señorean, y mandan. ¿Por qué? Porque Dios los entregó a sus enemigos y los vendió; que quiere decir: que permitió que fuesen vendidos como a los principios se vio en este nuevo mundo, hechas esclavas estas gentes y vendidas a manadas, como cabras o puercos; y añade: los pocos que quedaron, después de la conquista, que se dice que de veinte partes no quedó una, habiendo perecido y muerto las diez y nueve, se han ido acabando y consumiendo con muertes y hambres. A cuyo propósito dijo Ezequiel: el que está lejos, morirá de pestilencia;[5] y el más cercano a cuchillo; y el que fuere dejado y cautivo y preso, morirá de hambre; que parece que fue profecía de esta desventurada gente, tan maltratada, abatida y menospreciada. Donde claro se ve la falsedad de sus fingidos dioses, en los cuales confiaban, que no fueron poderosos a librarlos de las manos de sus enemigos y se manifiesta la omnipotencia de Dios, debajo de cuyo amparo los nuestros hicieron esta tan insigne guerra

[2] Psalm. 9.
[3] Sap. c. 4.
[4] Job. c. 20.
[5] Ezech. 6.

y ganaron la victoria, siendo cosa imposible, que si el poder de Dios no estuviera de por medio, que el de hombres mortales, estribando en fuerzas naturales, la alcanzaran; y así llegó su fin, como ha sucedido a las demás repúblicas y monarchías del mundo, que cuando han estado en su mayor y más crecida pujanza han caído de la cumbre más subida de su alteza; porque como dice Plutarco, en la vida de Rómulo: es artificio y costumbre de la variable fortuna hacer, por su pasatiempo, en hechos muy arduos, de pequeños principios mudanzas y variedades muy grandes, debajo de cuyo antojo y albedrío está puesto el curso de la vida humana y en muy breve tiempo y por muy livianas ocasiones, puede y suele mudar, trocar, ensalzar, abatir y destruir no una pequeña ciudad, sino los más ilustres y florecientes imperios del universo mundo. Lo cual es verdad; pero el autor de estas mudanzas no es la fortuna, sino la divina justicia y providencia.

Y si quisiésemos discurrir por los tiempos y siglos pasados, pregunto: ¿Qué es de la monarchía de los caldeos, que fue la primera del mundo?, hallamos haber durado mil y quinientos años, desde el rey Nino hasta Balthasar, en cuyo tiempo se acabó. ¿La de los persas, que fue muy mayor, pero en tiempo mucho menos que no duró más de doscientos y cuarenta años? ¿La de los griegos, que floreció en el rey Alexandro de Macedonia, en tanto exceso que se hizo señor del mundo, a quien unos por guerras y otros de paz se le rindieron, como dicen Quinto Curcio[6] y Plinio,[7] describiendo la ciudad de Macedonia, y Plutarco en su vida y otros muchos que escribieron sus hechos, comenzó a reinar a los veinte años de su edad y murió a los treinta y tres, con que en trece años acabó esta pujantísima monarchía? ¿La de los romanos, que era tan clara y conocida ha sido y de tantos escritores celebrada, que permaneció en esta gloria espacio de quinientos años y mil y ciento y sesenta, desde su fundación hasta la entrada y saco[8] que hizo en ella el rey Alarico, godo; y escribe Varrón en su libro octavo, refiriendo a Censorino,[9] que Bectio, agorero de aquellos buitres, que vido Rómulo, para la fundación de su ciudad, agoró haber de durar su imperio mil y doscientos años, atribuyendo a cada buitre trescientos años; y aunque tengo por burla y mentira este género de afirmar, por ser más locura que razón; es verdad que desde que se fundó, hasta la entrada de los godos, pasaron mil y ciento y sesenta y cuatro años, cuarenta menos de los que dijo, porque desde entonces comenzó a descaecer y cada cual se le atrevía, siendo entonces Honorio, emperador y pontífice, Innocencio primero de este nombre? Todas al fin han tenido fin; y entre todas, aunque no ha sido de las de menos cuenta esta mexicana, acabó, como acabaron las otras; y acabando unas comienzan otras, haciéndose el mundo batanero; y en el batán de la vida, cuando deja caer un mazo, levanta otro; y éste es un ejemplo (dice Plutarco) digno de memoria que nos amonesta

[6] Cur. lib. 10.
[7] Plin. lib. 7? cap. 10.
[8] Varron I. 8.
[9] Censor. de indie natal i Romanorum.

las miserias de la vida humana; en el cual, si con atenta consideración se mirasen, los que están puestos en el estado de la administración pública de los reinos conocerán su flaqueza y no se ensalzarán desordenadamente en el tiempo de las prosperidades; pues que no hay ningún favor, ni fortuna humana tan durable, que en un punto no pueda tornar muy presto su rueda, como claramente vemos por experiencia que suele acontecer a los más excelentes varones, que son oprimidos y arruinados por el albedrío de la ciega fortuna (aunque dijera mejor, por justos juicios de Dios) los cuales, con justa razón, al parecer eran dignos de eterna gloria. Así que el mismo curso de esta miserable vida de los mortales claramente nos amonesta ser muy verdadera la sentencia de Solón, filósofo ateniense que solía decir, que ninguna criatura humana se podía llamar dichosa y bienaventurada hasta el último artículo de la vida; y esto es por las varias vueltas que los hombres y prosperidades del mundo tienen; porque aunque parecen poderosos y fuertes, que comienzan en cabeza de oro, pechos de plata, muslos y piernas de bronce y hierro (como notó Daniel,[10] de esto referidos) acaban en pies y dedos de barro, por ser sus poseedores hombres mortales, hechos de tierra, porque tan mortales son los reyes como los pobres y plebeyos; y tan atados viven a la ley de la muerte como los demás. Como lo notó la Sagrada Escritura, en el principio del primer libro de los Machabeos,[11] hablando de Alexandro; del cual, habiendo declarado su gran poder y dilatación de su imperio, que llegaba a los confines de la tierra, concluye con decir: y después de todo esto cayó en la cama y conoció en ella que se moría (porque éste es el fin de todas las cosas). Finalmente feneció este imperio y monarchía mexicana; y esto no acaso, sino muy de propósito, por voluntad de Dios, que es de quien dijo Daniel:[12] Él muda los tiempos y las edades; da y quita los reinos; los instituye y desbarata; y si no fuera esto así de estos de estas tierras, ¿qué poder era el de Fernando Cortés para vencerlos y destruirlos, pues para cada español había un millón de indios y mil veces se vieron desbaratados y puestos en huida de ellos? Por manera que fue obra de Dios, para mejor introducir su ley y evangelio, que había de ser plantado en esta nueva viña que para reparo de tantas almas descubrió.

[10] Dan. 2.
[11] Machab. in Princ.
[12] Dan. 2.